

## ***A TU GRUPA***

Espectáculo de teatro unipersonal

de Laila Reyes Silberberg

*En homenaje a mi padre el profesor Washington Reyes Abadie*

Estrenado el 17 de junio de 2005 en el Teatro Stella de Montevideo.

Producción de TEATRO AZUR de Montevideo con el patrocinio artístico de TEATRO SUNIL de Suiza.

### **0 – PRÓLOGO**

#### *EN PLATEA*

¡Ay na che rekové mboraghumi!  
Che mboraghu hê'ê mbymiva.  
Nde, kuimba'e rejuva pe che kevype.  
Che romo maiteí ha ro ñongatú ko che py'a pype.

Son bonitas palabras en guaraní que podrían traducirse más o menos como:

¡Ay amor de mi vida!

Dulce amor

Hombre de mis sueños

Te saludo y te guardo en mi corazón;

o en mi alma, o en mis entrañas, que en guaraní es lo mismo.

Pero, gente, que nadie se ponga nervioso, ¿eh? Que no es que durante toda la obra vaya a hablar en guaraní. No. Voy a seguir hablando en español o, bueno, al menos en este español que hablamos nosotros, los rioplatenses. Pero, estas primeras frases nos van como arrimando, de a poquito, a la querida Patria guaraní donde se inicia esta historia. En particular, al Paraguay. Paraguay que significa, en guaraní, “agua que pertenece al mar” o “agua que proviene del mar”. Y ese mar al que pertenece o del que proviene - que es lo mismo - es el Río de la Plata, del que dicen que es el más ancho del mundo y por eso se lo llama río ancho como mar.

El Paraguay, el río, se une con el Paraná y, por sus aguas, baja hasta el Río de la Plata, para encontrarse allí con el Uruguay, nombre también guaraní, que, a su vez, significa “agua que pertenece a las aves” o “río de los pájaros”, como habitualmente lo conocemos.

Y esto ya empieza a parecer la lección de un geógrafo.

Pero nada que ver. Es que pensando en esto, me di cuenta que cuando decimos río Uruguay, estamos diciendo, en realidad, río río de los pájaros; como para que quede clarito: es el río, no el país. Porque el país en sí no tiene un nombre propio, propio. Porque el nombre es República Oriental del Uruguay, porque está al oriente, al este del Uruguay río. Por eso será que muchos dicen que igual nos llamábamos República al Norte del Río de la Plata o República Boreal del Plata, así más poético, y daba lo mismo. Pero no. Porque origen tienen las cosas. Y origen tiene el nombre de República Oriental del Uruguay.

Primero: cuando a alguien, en la época del Virreinato del Plata, se le ocurrió llamar a esta franja de tierras, Banda Oriental.

Segundo: cuando en la época de la emancipación, de la Patria Grande, de la Patria Vieja, fuimos Provincia Oriental, integrante de las Provincias Unidas del Río de la Plata, junto con Entre Ríos, Corrientes, Misiones, Santa Fe, Córdoba, a veces sí, a veces no, y no Paraguay, que estaba en el proyecto, pero luego se separó. Por eso es que los nacidos en estas tierras siempre fuimos orientales. Y nuestras paisanas son “chinas”. Yo no soy china, porque nací en la ciudad, en Montevideo.

Tercero: cuando para separarnos nos pusimos adelante República y al final del Uruguay. Pero me parece que es como dice el dicho: “Por más que la mona se vista de seda, mona queda”. Y nosotros, en el fondo, seguimos siendo platenses.

Y ahora esto ya se está pareciendo a la lección de un historiador.

Y algo de eso puede haber. Porque lo que se hereda no se roba, dicen. Y como mi papá era historiador y, además, especializado en Historia americana, a una estas cosas como que se le meten. No sé si en los genes pero casi que hasta las entrañas.

Y ése es el punto. Dije que origen tienen las cosas y origen tiene este espectáculo. Justamente relacionado con el hecho de que papá fuera historiador y mi mamá actriz. Entonces yo, cuando era niña, no sabía qué ser cuando fuese grande: actriz o historiadora; historiadora o actriz; actriz o historiadora. Hasta que solucioné el dilema. Escribí una obra de teatro histórica. Cuando tenía 13 años. Con un grupo de amigos la montamos y, yo, además, encarnaba a Doña Elvira, una patricia de la época. Porque toda la obra estaba ambientada -qué palabra, ¿eh? “ambientada”-, bueno, estaba ambientada en el Montevideo colonial y aparecían todos los personajes típicos: el que daba las horas -“las 10 han dado y sereno”-; la vendedora de pasteles; el que alumbraba los faroles de la ciudad, un coronel- que era el que a mí me gustaba-, el chasque -mensajero en quechua- que fue el que nos dio tremendo chasco. Porque yo estaba ahí, en el centro del proscenio, conversando con el Coronel, y le decía: “porque en la Casa de Comedias...”, que era la única sala de teatro de la época. Yo ya metía el teatro dentro del teatro.

Entonces, “porque en la Casa de Comedias...”

“porque en la Casa de Comedias...”

“porque en la Ca...”

Y cuando lo iba a repetir por tercera vez, me empecé a tentar, mi compañero, que hacía el coronel, se empezó a reír, yo me empecé a reír, todos los compañeros que estaban en escena se empezaron a reír y, por ende, todo el público empezó a reírse a carcajadas. Y aquello era un jolgorio que no paraba y no paraba y yo no tenía ni la más mínima idea de qué venía después y no podía creer lo que estaba pasando. Hasta que, de golpe, me vino como una luz, y en medio de la risotada general, pegué un grito: “¡Chasque!” y entró el chasque, que tenía que haber entrado a interrumpirme cuando yo estaba diciendo lo de la Casa de Comedias, pero que se había distraído. Y sé que seguimos con la obra, pero la verdad, que a partir de ahí, no me acuerdo más nada de nada.

Así que mi estreno como autora de obras teatrales históricas no fue una experiencia muy gratificante que digamos. ¡Fue un desastre aquello! Por lo que, después de esa primera tentativa, quedé un poco aprensiva, por no decir, aterrada. Pero “la voluntad y el esfuerzo vencen cualquier temor” y, al final, después de un tiempo, un poco largo, pero bué, después de un tiempo, lo logré. Y escribí una nueva obra histórica, que es ésta, que ya comienza.

Pero antes, una cosita más. Porque yo no sería honesta con ustedes si no les hiciera una pequeña advertencia respecto de la posibilidad de que ustedes, por estar aquí, hoy, se vieran envueltos en una determinada situación con la Justicia; que ya ha ocurrido. No, no, que no cunda el pánico, que no es tan grave como parece.

La cuestión es que en una obra de teatro histórica se alude naturalmente a personajes o hechos que, con el devenir del tiempo, se han convertido en símbolos patrios. Y cuando el arte se mete con los símbolos patrios, -¡mamma mía!-, aparecen quienes opinan que este hecho representa en sí mismo una falta de respeto a los símbolos patrios. Por esta razón, queridos espectadores me veo en la obligación de pedirles que se preparen para el caso de que pudieran ser llamados ante un tribunal para testificar. Circunstancia que desde ya les agradezco, pues en el caso de que ustedes fuesen llamados como testigos, yo estaría retenida en, vaya uno a saber qué antesala de tribunal, esperando que se cumplieran las indagaciones que demostraran la justicia de mi causa.

Pero si alguno de ustedes es delincuente o tiene asuntos pendientes con la Justicia, no se preocupe: a la salida se lo avisan a la acomodadora y nosotros, como si nunca los hubiésemos visto. ¿OK?

Y lo último. Para despejar todos los temores respecto de un nuevo chasco quiero que sepan que estos años no han pasado en vano. En este tiempo, aprendí algunas cositas del mundo del espectáculo.

Primero: no hay chasque en esta obra.

Segundo: Siguiendo el consejo aristotélico, para provocar mayor impacto en el público, esta historia, en vez de estar repartida en varios personajes, como en el caso de la que les conté, se centra entorno de un protagonista, de un héroe. Y si iba a elegir a un héroe, no me iba a andar con chiquitas a esta altura del partido.

Tercero: Adaptándome a los gustos posmodernos, esta obra histórica nos remite, en medio de la gesta y de la épica, a una petite histoire. Y para comprender el ambiente en el que ella se desarrolla, se hace necesario, comenzar con un breve relato de los hechos que la antecedieron.

El general José Artigas, Jefe de los Orientales y Protector de las Provincias Unidas del Río de la Plata, derrotado militarmente por las fuerzas portuguesas y las del traidor Francisco Ramírez; y vencido políticamente en su proyecto de federación de pueblos libres, por el unitarismo bonaerense, gentilmente apoyado por Inglaterra -“Divide y reinarás”-, “establecía, en compañía de Andrés Latorre y de unos 200 hombres, su último campamento en tierras misioneras, en el paraje Las Tunas de la Candelaria. El día 5 de setiembre de 1820, después de nueve años de gesta emancipadora y luego de instruir a Latorre para que lo esperara, por el paso del Boquerón, cruzó, seguido de 80 hombres, el río Paraná, buscando ayuda en tierras paraguayas”.

Pero Andrés Latorre y los restantes hombres, esperaron inútilmente. Artigas no volvería más. El hombre que había sido idolatrado, amado, querido, odiado, temido y vilipendiado, se convertía por obra de José Gaspar Rodríguez de Francia, dictador del Paraguay, en el “ilustre cautivo”. Acompañado de su leal servidor, el negro liberto Ansina -“el querido tío”- fue internado, al poco de llegar, en una chacra ubicada a 250 kilómetros al noreste de Asunción, donde, sostenido económicamente por el Doctor Francia, vivió como labrador durante casi 20 años. Pero nadie es eterno y, a la muerte del dictador, las circunstancias cambiarían.

Así que, puestos en antecedentes los espectadores; enciendo este fogón, pues donde estaba Artigas, siempre había un fuego prendido.

*MÚSICA*

Y ahora, con ustedes, damas y caballeros, une petite histoire épique...

*APAGÓN*

*Sigue MÚSICA*

## **1.- EN SAN ISIDRO LABRADOR DE CURUGUATY**

**(El 12 de marzo de 1841: día que Artigas es liberado de su prisión por los recién designados cónsules, Mariano Roque Alonso y Carlos Antonio López. Artigas tiene 76 años.)**

*Salgo de las casas con 1 huevo en la mano y hablo hacia “Ansina que está dentro”.*

Yo no estoy de acuerdo con que se tire la comida, pero usted sabrá...

Tío, ¿está usted seguro que antes de enterrarlo hay que pasearlo tanto?

Todo sea por mi cielo.

Éstas son cosas de Mandinga. Si Josep se entera... *(gesto con el pulgar de degüello)*

Tío, ¿usted me garantiza que si entierro el huevo hoy, mañana no llueve, no? Mire que el Comandante Gauto me confirmó que mañana lo liberan.

¡Ay! ¡Por favor! Que sea cierto.

Tío, es tarde... ¡Es tarde! ¡Venga! Mire el horizonte. Allá donde están los nubarrones... ¡No es lluvia! ¡No!

¡Es el bandido José Artigas que vuelve a casa...!

*Lo saludo agitando el sombrero*

No me ve. Todavía no me ve. Pero claro que es él, hombre. Venga para el patio y mire con sus propios ojos. Vea usted mismo el trote de ese zaino y al jinete que lo monta, allá, arriba de la loma. Esa estampa me la reconozco en cualquier lado.

¡Ay na che rekové mboraghumi!  
Che mboraghu hê ê mbymiva.  
Nde, kuimba'e rejuva pe che kevype.  
Che romo maiteí ha ro ñongatú ko che py'a pype.

¡Ay, tío! ¡Vaya, vaya! ¡Vaya a la villa y avise a los vecinos! Me los convida a todos, toditos; que hoy es día de fiesta. El general está en casa. Hoy es fiesta... Y tráigase una ginebra, o dos, o tres, que seguro seremos muchos. ¡Rápido Tío! Que no está a más de unos minutos...

¡Ay forajido, cómo te me adelantaste!

*MÚSICA: "Danza de amor", mientras ordeno todo en el patio y me preparo, a mi vez, para esperarlo.*

## 2 – ANTESALA DEL TRIBUNAL

*Sentada en el banco con el almohadón entre mis brazos, me despierto de la ensoñación del Cuadro 1. Miro el almohadón, lo aferro hacia mí con energía y murmurando como un rezo sin que se oiga.*

La tabla del 1 hasta el 9x1

*Como un susurro*

La tabla del 2

*y se empieza a oír en 2 x 9, 18*

La tabla del 3, y en 3 x 5 *se va enlenteciendo el hablar. Me dormito. Me despierto de golpe.*

4 x 7, 28, 4 x 8, 32, 4 x 9, 36

La tabla del 5 hasta 5 x 5. *Me duermo de golpe. Me despierto.*

7 x 1, 7 / 7 x 2, 14 / 7 x 3, 21

7 x 4, 28 / 7 x 5, 35 / 7 x 6, 42

7 x 7, 49 / 7 x 8, 56 / 7 x 9, 63

*otra vez se enlentece el hablar, se tranca. Me dormito.*

Es el calor. Hace mucho calor. *Me abanico con la mano.*

No es normal este calor. No es normal.

*Dejo el almohadón a un lado. Más abanico por la cara, por todo el cuerpo. Me sacudo el vestido en un in crescendo. Me sosiego. Me entreduermo.*

Es el sopor. Es eso. Es nada más que el calor. ¡Atenta!

*Me pongo de pie y camino, siguiendo líneas rectas y formando rectángulos en el recorrido.*

1 / 2 / 3 /  
5 / 7 / 11  
13 / 17 / 19  
23 / 29 / 31  
37 / 41 / 43  
47 / 53 / 59

*Me quedo quieta parada.*

*Hago ejercicios con los dedos de la mano.*

*Flexiono las rodillas 3 veces. Estiro los pies 3 veces.*

Así está mejor, ¿eh? Activa, alerta, ¿no?  
Calma, paciente.

*Me entreduerdo.*

¡No! ¡Tengo que prepararme!

Porque no me agarran. Me tienen acá pero no me agarran.

*Tomando el almohadón en mis brazos.*

¿Cuánto llevo ya?

*Cuento con los dedos en silencio (1, 2, 3)*

Ja, ¿Y?

El tiempo para mí es (nada).

Declárese culpable y podrá irse. Ja. Me van a agarrar a mí en esa trampa.

¿A quién van a culpar? ¿A mí? ¡Qué barbaridad! ¿Dónde se vio? ¿Culpable yo? ¿De qué? Tengo derechos. No llegué hasta aquí para doblegarme así nomás. Mi causa es justa. Y punto.

Tranquila, serena...

*Me entreduerdo.*

¡Es la quietud! La inactividad... ¡Voluntad! ¡La actividad es una cuestión de voluntad!

*Me paro enérgicamente con el almohadón entre los brazos y caminando en línea recta voy hacia “el muro”, regreso hacia el banco, voy hacia el muro y me detengo mirando “el muro” y comienzo a medirlo con mi mano abierta, diciendo en voz alta:*

2/3 - 1 y 1/3 - 2  
2 y 2/3 - 3 y 1/3 - 4  
4 y 2/3 - 5 y 1/3 - 6, pies  
6 y 2/3 - 7 y 1/3 - o... ¡Oh, Oh!

¡Un túnel! ¡Un túnel! ...

¿Un túnel? Un túnel.  
Un tunelcito.

*Me acerco al “pequeño agujero” y miro hacia dentro. Me separo, precipitadamente, del “muro” y me ubico a prudente distancia del mismo.*

¿Quién vive?

¿Quién vive? He dicho.

*Acercándome un poco.*

¿Hay alguien por ahí?

*Mirando hacia el agujero “veo” a alguien.*

¡Oh! ¡Oh!

No tiene porqué responder. Mejor si no me lo dice. Su gracia, caballero, prefiero no saberla.

¿Usted mismo ha cavado este túnel?

Sí, claro. ¿Quién iba a ser?

Me da la impresión de que le ha quedado algo pequeño y pienso, incluso, que en una dirección equivocada.

Extranjero, ¿no?

Se nota.

¿Primera vez? ¡No! Perdona. Parezco una entrometida.

Aunque si me permite, lo último y no lo molesto más. Un pequeño consejo; usted lo toma o lo deja. Preste atención. Es lo que le recomiendo. No se distraiga mi amigo. Uno nunca sabe cuándo puede surgir una oportunidad. Sólo eso. No quiero perturbarlo.

¿Y lo espera alguien afuera? No, mire, disculpe, no tiene que contestar. Me fui de la lengua. Es el calor que trastorna un poco. ¿No es normal este calor, no? No. Pero, por favor, no vaya a creer que lo mío es mera curiosidad... Le preguntaba porque si no hay nadie esperándolo... ¡mais melhor! Así no hay nadie que sufra por usted. Créame. Se lo digo yo que esperé al hombre de mi vida sin conocer causas ni razones. 171 días...

Parezco una parlanchina. No es natural en mí comportarme de este modo. Perdona. Usted no tendrá ánimos para escuchar mis historias. No lo importuno más.

Sólo le recuerdo: manténgase firme. Si tiene una misión aférrese a ella. Y si no la tiene, bueno... con más razón debe estar alerta. ¡Despierte hombre! ¿Qué es el tiempo para usted? Las prisiones no están en estas paredes. Las prisiones, mi amigo, están aquí (*señalando la cabeza*).

Vecino, por favor, no piense que es mi intención sermonearlo. Nada de eso. Me sale así: con convicción; apasionada. No quisiera yo que al poco de conocernos tuviésemos una discordia o que usted me malinterpretara.

Pero permítame que me presente como corresponde.

Soy la mujer de José Artigas.

(Y acá es cuando voy presa en serio)

Este sable me acredita como tal. ¡Epa! No se asuste, que ni siquiera sé cómo tomarlo, verdaderamente, para el combate. Pero le encuentro otros usos. Y es extraño que al prenderme no me lo hayan quitado, ¿no? Por eso, la razón que me han dado para retenerme ha de ser un pretexto. Ellos alguna sospecha tienen. Pero estése tranquilo que, sin lugar a dudas, a mí me asiste la razón. Mi causa está avalada por una Justicia superior: el respeto por las decisiones de los hombres, tomadas con libertad de raciocinio y en paz. He dicho.

“Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa ante vuestra presencia soberana.” ¿No es recíproco eso? ¿Un hombre puede comprometerse a respetar la voluntad de un Pueblo y un Pueblo no puede respetar la decisión de un hombre?

Quizás usted por extranjero ni sepa de qué le hablo...

¡Perfecto! Podrá usted ser juez imparcial.

Fíjese que yo estaba allí, ¿no? No, antes. Porque la causa por la que él había luchado... Mejor voy directo al punto. Sí. La liberación. Después de los 171 días. No, no ese día, pero a los pocos meses, otro día. Los nuevos Cónsules del Paraguay, le ofrecieron otorgarle todas las facilidades para volver a su patria. A Artigas, se entiende. Todas las facilidades: traslados, hospedajes, expensas... en fin.

Y ¿sabe lo que respondió mi Josep? ¡A los 21 años y 1 día exactos de su llegada al Paraguay!

Les mandó decir a los Cónsules: “que quedaba muy reconocido al beneficio singular que se había servido dispensarle... pero que él, muy distante de imaginar el volver a su país nativo, suplica le sirva concederle la gracia de que finalice en esta villa el resto de sus días”.

País nativo, dijo.

77 años tenía ya y estábamos todavía en San Isidro Labrador de Curuguaty.

Aunque, claro, después mudó de pensar.

¡No! Nunca cambió de idea respecto a no regresar jamás a la tierra de donde era oriundo. Ese es el punto. Y mire que le insistieron. Pero no era hombre de decir una cosa por otra. Hasta Rivera, más que lugarteniente casi un hijo, y ahora Presidente de la República Oriental del Uruguay, le envió unos pliegos para solicitarle su regreso.

¿Y Artigas? Con su hidalguía de siempre, devolvió los pliegos; sólo que sin mensaje de respuesta. ¡¿Qué le iba a contestar?!

Pero le decía que Josep -así lo llamo yo, que era su nombre de bautismo-, Josep cambió de idea, pero respecto de permanecer en la villa de San Isidro. Y decir que él cambió de idea es una expresión, porque en realidad... Cuando Carlos Antonio López, ya Presidente del Paraguay, lo mandó llamar para que sirviera como instructor del Ejército de la República... ¿Se hace una idea? ¡80 años tenía mi Josep! Agradeció la distinción pero, obviamente, se excusó de prestar tales servicios.



¿Me sigue? Me alegro, porque fue, en ese momento, que me puse firme y lo obligué a aceptar la invitación que el Presidente López le había realizado, al mismo tiempo, de mudarnos a un solar de su propiedad, ubicado a muy corta distancia de Asunción.

¿Qué si yo tenía razón?

Figúrese hombre, que Josep había sido desahuciado por el reuma a los 39 años de edad. Ibiray era otro clima, otra comodidad.

Pero qué hombre terco para convencerlo. Aunque me consintió, por supuesto. Una tiene sus recursos.

¡Ah! Mi Josep era un hombre noble, generoso, un criollo de ley. Pero, ¡tan terco!

### 3.- EN IBIRAY

Vea, mi amigo. Acá la casa, de buen material y ¡con cimientos! Piedra basáltica de color rojo... Todo esto el patio. Allí, a unos metros, un hermoso árbol, típico de la región, el Ibirapitá. Debajo de su enramada, Josep dormía la siesta. Todas las tardes. De día, si no estábamos de visita en casa de algún vecino, nos la pasábamos aquí, al aire libre.

Pero la mañana en que partió José María, no hubo quién lo sacara de dentro de las casas.

Ibiray, marzo de 1846.

Aquí yo me despedía de los visitantes...

Y él adentro.

Josep, mi vida, ven. Ven para ver partir a tu hijo.

Todavía hay tiempo. Josep, amor, mi vida, que el muchacho mira hacia atrás...

¿No será que tendrías que partir con él? No, no digas nada. Ya escuché, bastante, tus razones sobre este punto.

Josep... lamento lo de María Vicenta... Nunca me dijiste que había sido tu hija la que te había obsequiado esos paños bordados...

Vuelve a girar su mirada hacia aquí y saluda. ¡Sal de una vez, Josep!

De tal palo tal astilla. Un caballero. Pobre muchacho: ¡tenía tantas esperanzas!

Retomó el camino. Creo que ha comenzado a trotar. Ven, Josep. Ven. ¡Enorgullécete! ¡Mira esa figura montada!

Y por lo que dijo José María parece que el benjamín también se te parece, ¿eh?

¿Hablo sola o qué? Josep, Josep...

Ya no se le ve.

Casi tres meses con tu hijo. Debieras mudar ese ánimo.

¿Cuándo pasaste antes, tres meses seguidos, con tu hijo? ¿Eh?

*APAGÓN.*

*Sonidos del amanecer.*

¡Al fin amainó! ¡Una semana sin parar de llover! ¡Qué barbaridad!

Hombre, ¿qué haces? Pero ¡qué impaciencia! No te apures que ya viene el Tío. Pero, espera un poco hombre, que el Tío te ayuda a ensillar. OK. Eres libre y grandecito.

Cuando pases por lo de los López los saludas de mi parte, ¿eh? Y avisas, por favor, que iré a verlos esta tardecita.

Corazón, ¿a la hora del almuerzo? ¿Promesa?

¡Josep! Tu sable. ¿Ves lo que pasa por precipitado? Porque ahora que te lo han devuelto...

¿Cómo que me lo quede? No, no, no. Tú debes cargarlo siempre; como corresponde a tu rango y dignidad.

¿El sable para mí? ¿Qué voy a hacer yo con un sable? No embromes Josep: ¡un sable para una desertora vocacional! Vamos, vamos hombre, que todavía no ando necesitada de bastón.

Reconocimiento... ¿de qué?

¡Ah! ¡Qué tierno!

*Desenvaino el sable viéndolo como por primera vez.*

Oh, dulce amor...

¿Qué lo pasee? ¿Cómo? ¿Así?

¡Ah! Yo te mato.

*Y con el sable alzado, corro hacia bambalinas derechas donde ubiqué a Artigas ensillando su caballo, pero sin salir de escena.*

¡Muera! ¡Muera! ¡Muera!

Te salvó. Claro que era una venenosa. Si algo aprendí de ti es a distinguir las culebras de las ponzoñosas. Y tu sable, me ha resultado muy práctico para estos menesteres. Bueno, si he de tenerlo, algún uso conviene que le dé, ¿no? Y ahora que paró de llover, ya veo que tendré ocasión de ejercitarme.

¿No te ibas? ¡Parte hombre! Vaya, vaya. Bye, bye.

*Levanto la espada y con la vaina en la mano, como domador frente al león, enfrento al animal y de golpe, con mucho impulso reitero la acción de matar a un reptil ponzoñoso. En medio de la acción comienza el APAGÓN.*

¡Muera! ¡Muera! ¡Muera Ramírez!

*Reitero la acción.*

¡Muera! ¡Muera! ¡Muera Pueyrredón!

¡Yupyyy!

*Reitero la acción; descargo el golpe y APAGÓN.*

*En el negro ¡Ay Sarratea te me escapaste por poco!*

*Vuelve la luz.*

Siempre en Ibiray. En la tarde del 25 de diciembre de 1849.

¿Mirando el retrato?

Estuvo bien entonces José María en insistir.

¿Qué falsa modestia te impedía ser representado? Todavía no puedo creer que sea el único que te hayan hecho. Esperaste demasiado, mi vida.

*Me siento y comienzo a desgranar maíz.*

A mí me hubiese hecho mucha ilusión, tener un guardapelo con un retrato tuyo de joven.

Conocerte cuando eras un guapo varón al que, seguro, ninguna mujer podía resistirse....

Mais melhor. Porque yo las reventaba a todas... y además, ocupado en tus quehaceres, no me hubieses dedicado el tiempo a mí. Mais melhor.

No te hace justicia. Y no son zalamerías. Don Bravo no supo cómo retratar tu mirada centelleante; por eso lo hizo de perfil. Por eso y ¡porque quedó fascinado con tu naricita!

No, no, no sigo riéndome de tu nariz. Pero una idea me llevó a la otra y me acordé del brasileño aquél que vino a ver si de verdad estabas vivo. ¡El hombre te hacía muerto hacía 25 años al menos! Pero, hierba mala nunca muere...

Y no me digas que el Gral. Paz no vino a lo mismo. A presentar mis respetos, general, aún en el disentimiento. ¡Por favor! Ése vino a ver con sus propios ojos si todavía eras de temer. Pero bueno, tú fuiste muy cortés. Vino, te vio, se fue y siguió con sus mismas dudas. Estoy segura. Muy hábil y diplomático lo tuyo, Josep. Al menos eso me pareció. Yo de diplomacia no sé nada y tú parece que la dominas bastante bien. Aunque, ahora que lo pienso, y hablando de visitas, con el correntino Eduvigés Gutiérrez no fuiste muy sutil que digamos, ¿no?

No, no me río de tu respuesta. Creo que fuiste claro y contundente; como siempre. Me río al recordar su cara de espanto. No paraba de pestañear. Mientras tú le hablabas, el hombre pensaría: ¿Y cómo le digo yo esto al Restaurador? Vaya uno a saber lo que, al final, le dijo a Rosas.

¿Por qué me miras así? No, no, no. Yo conozco esa mirada. Que el recuerdo de tus glorias pasadas no te ponga esos pensamientos...

Ahora no.

*Levantándose y recogiendo el recipiente donde desgrané el maíz.*

No te veo. No te veo. No te... No me mires así que me derrito. Por favor. No, no me hagas esa cara, Josep.

Ahora no, Josep. No hay tiempo. Tengo que prepararme. ¿Vamos al baile, no?

*APAGÓN*

*MÚSICA*

El caballo ensillado. Pronto para ser montado. Al alba ya se vislumbraba que el día se presentaba bueno para trotar. Así que el Tío, como cada vez, que Josep se lo pedía, preparó el zaino.

Pero José Artigas no montó su caballo, aunque efectivamente la mañana fue soleada, digna del inicio de la primavera. Ese 23 de setiembre salió en carreta; en carreta tirada por bueyes.

¡Ay na che rekové mboraghumi!  
Che mboraghu hê'ê mbymiva.  
Nde, kuimba'e rejuva pe che kevype.  
Che romo maiteí ha ro ñongatú ko che py'a pype.

#### **4.- EN LA ANTESALA DEL TRIBUNAL**

Le ruego me disculpe. Me fui por las ramas. La mente se me plagó de recuerdos. Ha de ser la falta de aire limpio. Pero, le agradezco su paciencia. Es usted una buena persona. Ahora, si me permite, debo volver a concentrar mi atención.

*En susurro y hacia el apagón*

Lado x 4. Ancho por 2 + largo x 2. Suma de los lados. 2 Pi R.

*APAGÓN*

*De pie, con el sable en la mano y delimitando las formas de las figuras a las que hago mención.*

Lado por lado.

Ancho por largo.

Base por altura sobre dos.

*Mirando con disimulo hacia el tunelcito.*

Radio al cuadrado por Pi.

Lado por 1, 2, 3, 4, 5, 6; sobre 2; por apotema. ¡No! No puedo permitir que todo quede en la nada. ¡Tengo que prepararme! Defender mis derechos.

Pues, entonces, ensayaré mi alegato. ¡Ya van a ver! A mí no me agarran distraída.

Mire su Señoría, yo, yo...

Su Señoría, permítame que le diga...

Su Señoría, no temo a los enemigos sino a los que diciéndose amigos usurpan y tuercen los pensamientos y las palabras; la voluntad de quien...

¡No! ¡No! El que se enoja pierde. Mejor no digo nada. Me callo y listo. ¡No des pasto a los leones, mujer! Boca chiusa. Me coso la boca. En boca cerrada no entran moscas. Calladita. El pez por la boca muere. Shut your mouth.

Después de todo, el que roba a un ladrón tiene 100 años de perdón.

¡Oh! ¡Oh! ¿Insiste, vecino? ¿Ahora me agranda el agujero? ¿No va en la dirección equivocada?

Disculpe, no soy quien para meterme en las decisiones de nadie. Es que tengo los humos un poco alterados. Yo lo entiendo. Cuando los asuntos se ponen fuleros, ayuda tener algo que a uno le recuerde sus propósitos, ¿no? Aunque uno se desvíe, ¿eh?

¿Le cuento un secreto? Yo también tengo algo que me mantiene alerta.

*Mostrándole el almohadón:* Me recuerda la causa de mis desvelos.

¿Sabe? Hay hombres a los que cuando se los conoce es imposible no amarlos.

Su maravillosa voz de contrabajo...

Josep hechizaba a los que lo oían. Siempre el vocablo justo, las frases precisas... ¡Nos complementábamos!

Era un hombre virtuoso. No se merecía semejante infamia. Mire que de él dijeron falsedades; lo llamaron bandido, forajido. Pero lo que hicieron... ¡Eso fue una canallada!

Nadie sabe los trabajos que he pasado. Todo este tiempo de vigilia y ahora, sin una razón que parezca verdadera, me tienen aquí. Pero no hay mal que por bien no venga.

Me refiero a su error. Porque como usted no es arte ni parte... ¿Tiene un tiempito?

## **5.- CEMENTERIO DE LA RECOLETA EN ASUNCIÓN y BAJANDO A MONTEVIDEO.**

Yo llegué de visita como todos los días en los últimos cinco años.

*Señalando sendas con el sable.*

1, 2, 3, 4, 5, 6,...24, 25, 26.

1, 2, 3.

Tercer sepulcro del cauce N° 26.

Estrellas federales. Las planté yo misma. Parecen flores, ¿eh? Pero son plantas. Las flores, mi amigo, son para los vivos. Éstas se enraízan y tienen vida propia.

*¡Surprise!* No me esperabas a esta hora, ¿eh?

*Me siento en el suelo sobre el almohadón.*

Es que tengo buenas *news*. ¡Me compraron en el Mercado! Así que aproveché y ya me pasé por aquí. Estoy tan feliz. No había querido decirte nada para que fuera una sorpresa. Vendí muchísimas. Y ya me hicieron un pedido nuevo para pasado mañana. No sé, voy a tener que pensar cómo aumentar la producción, porque si esto sigue así...

Ahora soy una profesional. Así que si me permite, caballero, voy a remover un poco esta tierra, a quitar algunos yuyos, que para eso vengo equipada.

*De pie con el sable en la mano, inicio la acción de quitar yuyos.*

Josep, quizás mañana no venga después de la siesta, porque voy a tener que preparar todo para venir pasado con el nuevo pedido. Y del Mercado ya me paso por aquí, de mañana tempranito, como hoy, ¿eh? ¿No te enojás, no? Ahora voy a tener que organizarme de otra manera. Estoy tan

contenta. Y pensar que cuando empecé el cultivo de las flores el Tío me decía: “¡qué pavada!”.  
¡Vaya con su canción a otra parte, Tío!

¡Ah! Hablando de canciones: el Tío ya es toda una celebridad. Anoche, en la presentación que organizó la Comisión, arrasó. Los vecinos no paraban de aplaudirlo y gritarle vivas. Y un hombre que estaba entre el público, le ofreció publicarle sus payadas. Así que cuando salí hoy tempranito para venirme al Mercado, él ya estaba, bajo la enramada, con su guitarra, tinta y papel...

Se lo ve bien al Tío Ansina... Aunque hay días que me vuelve loca. Ayer nomás, cuando regresé de verte, lo busco en la casa y el hombre no aparecía. Miro hacia el bosque y me lo veo frente a la residencia del Ministro del Brasil, bajando muebles de una carreta. ¿Se puede creer? ¡A sus años! ¡Por favor, no aprende más! Bueno, sí: me sulfuré. Pero si no estás tú, ¿qué otro me va a bajar los humos? Disimulé. Y con el pretexto de presentar mis respetos a los nuevos vecinos me fui hacia allá y me lo traje. De paso, conocí a la señora -muy amable- y al nuevo Ministro al que sólo había visto de lejos...

¡Ah! No te dije. ¡Funcionó! Me acordé por los huevos. Es que como cortesía, les llevé huevos frescos. ¡Funcionó Josep! Mi experimento dio resultado. Ya hace una semana que ponen tres veces al día. Ahora me doy cuenta que no te había contado. Sorry. Tengo tantas cosas en la cabeza últimamente. ¿Recuerdas que te había dicho que el día del eclipse, cuando el cielo se despejó, las gallinas habían vuelto a poner? Bueno, eso fue hace tiempo. Pero me quedé pensando. Y la semana pasada, lo vi clarito. Les hice un eclipse artificial. Simple. Antes del mediodía, les tapé el gallinero y las dejé completamente a oscuras. Entonces de tarde... (saqué de golpe la tela).

¡Oh! ¡Oh! Parece que tenemos visita: el Padre Contreras. Sigue de interino, el pobre. ¡Epa! Pero no viene solo. ¡Cuánta gente! ¡Y qué serios! ¿Qué vendrán a hacer? Vienen como hacia aquí.

Y tuve que ver, cómo aquel triste 20 de agosto, arrancaban de cuajo nuestras estrellas federales, para arrojarlas a un cantero ignoto y exhumaban sus restos, los de mi amado José Artigas, y colocaban sus despojos mortales en aquella urna de latón que habían encargado al latero Nicolás Troja.

Y allí estaban los señoritos: el Cónsul de Portugal -habrá ido para asegurarse que estaba muerto-; el "enviado", el doctorcito Vega que se sintió muy honrado de pronunciar sentidas palabras ante los despojos. También estaban ahí, como testigos del acto solemne, dos orientales de quienes mucho tiempo después supe sus nombres: Buzó y Canstatt, eran. Y hubo amigos también que se acercaron a saludarlo. Se ve que se había corrido la voz y bien dice el refrán: “la mujer es la última en enterarse”. Militares patriotas paraguayos de las huestes de Yegros, y residentes entrerrianos, correntinos y misioneros... Tristes testigos de la infamia.

¡Ay na che rekové mboraghumi!  
Che mboraghu hê ê mbymiva.  
Nde, kuimba'e rejuva pe che kevype.  
Che romo maiteí ha ro ñongatú ko che py'a pype.

Fue en ese momento que tomé la decisión. Costara lo que costase.

Tantos años han pasado ya... Pero, ¿quién puede culparme? Honestamente, ¿quién puede atreverse a alzar su voz para castigarme? ¿Quién puede levantar su dedo amenazador? Después de haber visto cómo tomaban como despojo al hombre amado, al compañero de la vida, cómo quebraban sus huesos y quitaban los restos de su carne para apretujarlos en el latón...

¡Tío! ¡Tío! ¡Se lo llevan! ¡Tío, me voy! ¡Tío, se lo llevan! ¡Me voy!  
¡Adiós Tío!

Así vi al Tío por última vez. De pie, con la silla entre las piernas, la guitarra en la mano y la boca abierta.

Llegué al puerto de Asunción y esperé la noche. Entonces, aprovechando una distracción de los marineros, logré colarme en el Uruguay. ¡No! ¡no el país! El vapor de triunfante nombre en el que lo embarcaron.

Salimos al amanecer del día siguiente, inexorablemente, hacia Buenos Aires. Tres días después, guiándome por los sonidos que, acá abajo, en la bodega, se escuchaban amplificadas, ya reconocía, clarísimamente, la rutina del barco. Entonces, a la cuarta noche, a la hora de la cena, salí de mi escondite y me puse a recorrer la embarcación, para saber dónde lo tenían. ¿Y a qué no sabe? Le habían asignado habitación propia: una especie de camarotito con un vidrio delante. Se ve que dormir con los restos del general los impresionaría, ¿no? Entonces, a partir de esa noche, me quedé aquí, acostumbándome a la nueva situación y haciéndonos compañía.

*Sacando unos naipes de dentro del almohadón y jugando un solitario.*

Paciencia, mi amor. En cuanto lleguemos a Buenos Aires ¡zzug! Te robo y nos volvemos para las casas.

Sabía bien que, mientras navegáramos el Paraná, no tenía la más mínima oportunidad. ¡Las pirañas, vecino!

Así, fui viendo pasar ante mis ojos, la geografía suavemente diversa de esas patrias que -se lo digo yo- él nunca había logrado desalojar de sus entrañas.

¡Estamos llegando! *Guardo los naipes.*

¿Listo, mi amor? Creo que llegó el momento. Al que madruga, Dios lo ayuda. Entonces, cuanto antes, mejor.

Y cuando haciendo buen uso de mi sable, iba a romper el vidrio, aparecieron de la nada el capitán, tres oficiales, cinco miembros de la tripulación y atrás de ellos, el Dr. Vega. ¡Me habían descubierto! ¿Qué iba a hacer? Corrí como loca buscando esconderme y, en un rincón, detrás de las calderas, me quedé esperando.

Parece que un niño se había perdido y temían que se hubiera caído al agua.

No pasó nada. Lo encontraron. Pero yo perdí a mi Josep. Lo desembarcaron.

Así que otra vez tuve que quedarme en el puerto vigilando hasta que, con muchísimas más dificultades que en Asunción, logré meterme en el Menay, el vapor que cruzó, en medio de una tormenta espeluznante, el río ancho como mar. Y con una lluvia que arreciaba, como si el cielo

se hubiese hecho cómplice de nuestro dolor, después de 30 días de travesía, a las 4 de la tarde de ese jueves, lo desembarcaron en Montevideo.

## 6.- ANTESALA DEL TRIBUNAL

Se hizo muy tarde, amigo. Muchos recuerdos en mi cabeza. Hace tanto tiempo. Usted tendrá que descansar. Gracias. Gracias por escucharme. Buenas noches.

*APAGÓN*

*Sentada en el banco, con el almohadón a un lado.  
Marcando las formas con el sable en el piso y en el aire...*

Lado por lado por lado. Lado por 3.

Largo por ancho por altura.

R cuadrado por Pi por altura.

Sobre 2.

*Acompañando con el gesto del dos con los dedos. La vista me cae en los dedos. Relojo “el túnel”. Vuelvo a mirarme los dedos. Con mayor detenimiento empiezo a observar la yema de los dedos de las manos, mientras con mayor insistencia, espío en dirección al “túnel”.*

¡Ah! ¡Hola! Estaba pensando en usted. Sabe que tiene razón. ¡Es increíble! Nunca me había dado cuenta. Hay que mirar bien para verlas. Si las miro muy fijo, se me tuercen los ojos. ¿Está seguro que no cambian? Porque yo ahora tengo unas arruguitas que antes no tenía. Ah no, pero esas rayitas no son arrugas. Tiene razón.

¿Y me dijo que las de cada persona son diferentes? A ver las suyas.

¡Epa! Pero si me agrandó el agujero. Y yo que no me había dado cuenta. ¡Qué distracción la mía! ¡Qué hombre trabajador que resultó, vecino! Ahora, yo me pregunto, ¿para qué insiste en esta dirección? No me ponga esa cara. Está bien. A ver, estire el brazo y muestre.

Lo que es saber. Nunca me había imaginado que un geógrafo naturalista estudiara estas cuestiones. Le digo que parece cosa de Mandinga. ¡Cómo para que no lo retuvieran para averiguaciones!

¿No será una gran broma suya todo esto? ¿No me estará haciendo puras invenciones usted?

¿Seguro? Entonces, mi amigo, usted pasará a la Historia: el único hombre detenido por unas rayitas en las yemas de los dedos. Pesa sobre usted el destino de los adelantados.

Ahora, yo me pregunto: ¿cómo va a demostrar su descubrimiento? ¿Va a juntar a todo el mundo?  
¡Oh! ¡Qué bonito! ¡Todas las personas juntas!



No va a resultar muy práctico. Mais melhor comenzar con algunos menos. Se me ocurre. Usted podría reunir algunas decenas para empezar. Va a necesitar un lugar amplio. Un salón. Los va poniendo en fila. Todos con las manos hacia arriba y ahí empieza.

Pero le va a llevar horas. O días. La gente va a empezar a cansarse. Van a tener hambre, frío, calor. En cualquier momento, se le sublevan. Y ahí sí va a tener problemas. Y después, para verificar lo que usted dice, va a precisar alguien con muy buena vista... y memoria. Para recordar las rayitas de los otros, ¿no? La veo difícil, amigo. ¡Qué paciencia requiere su profesión! ¡Y coraje!

¡Eh! ¡Eh! ¡No se me desanime! ¡Levante esa moral! ¡Vamos, hombre! Ya saldrá de aquí. Tenga fe. Usted no puede desistir de sus propósitos. Esto no es más que un traspie. Ya saldrá y continuará con su vida a pleno. Y alguna solución le encontrará. Ya verá. ¿Ve? Ya le noto como un brillito en los ojos. Alguna idea se le está ocurriendo. No desespere amigo. Esto le pasa por meterse con teorías.

Yo por eso prefiero actividades más prácticas, concretas. Como con las flores, por ejemplo. Fue una tía la que me inició en ese conocimiento cuando era niña. Claro, sólo podaba en aquella época. Después, cuando falleció Josep, para distraerme un poco, empecé a ocuparme de las flores. Y unas semillas que me regalaban, otras que conseguía, terminé cuidando un enorme prado florido. Eso sí. Me ocupaba del proceso completo. Escarbaba la tierra, ponía la semilla, la flor crecía, yo la podaba, la regaba, le sacaba los bichitos, le conversaba si era necesario. Y después... ¡tzas!, la cortaba y la regalaba hasta que, bueno, pude empezar a venderlas... Pero eso de sacarles hijos nunca supe. Tampoco me pida que se las nombre porque soy incapaz. De la única que recuerdo el nombre es la que nunca cultivé: la rosa.

Las mías eran chiquitas. De uso diario, digamos.

¿Sabe lo que más me apena? Que ya no recuerdo sus aromas. Pero los colores, sí. Tengo grabados aquí, los rojos, granates, anaranjados, amarillos... Incluso tenía celestes, lilas, y blancas, por supuesto.

Y la alegría del que recibe una flor de regalo. Ésa no me la olvido tampoco.

Pero ya me estoy olvidando de mis obligaciones. Tengo que prepararme. El que calla otorga. Tengo que poner en alerta mi mente nuevamente. Los cargos que me han hecho son evidentemente falsos pretextos para retenerme. Le agradezco su buena disposición hacia mí, amigo. Me ha brindado un solaz del que no disfrutaba hacía mucho tiempo ya. Pero será mejor que temple mi espíritu y me prepare para defender mi causa, como ésta se merece: “La elocuencia sin sabiduría es nefasta pero la sabiduría sin elocuencia, es inútil”.

Su Señoría, Miembros del Tribunal, Público presente:

Seré breve.

Intentaré exponer, con claridad, mis argumentos.

Procuraré relatar, en orden, los hechos que me precedieron.

Mi principal testigo, por causas de fuerza mayor evidentes, no podrá comparecer, pero con la benevolencia de los presentes, intentaré acercar, a este tiempo y a este lugar, su figura.

Las pruebas materiales que confirman la justicia de mi accionar, podrán ser fácilmente accesibles a Su Señoría y a los miembros del Tribunal, revisando documentos públicos, correspondencia privada, relatos escritos de testigos, artículos periodísticos y otras fuentes de semejante tenor.

Hoy me encuentro respondiendo, ante vosotros, por un acto que consideráis de irreverencia sin igual.

En mi defensa, no voy a invocar su firmeza, cuando al enterarse de la firma del Armisticio del año XI, decidió retirarse hacia el norte de la Banda y, aclamado en esta instancia como Jefe de los Orientales, fue seguido por una columna de pueblo peregrinante, compuesta por hombres en armas, sí, pero, además, por miles y miles de “mujeres ancianas, viejos decrepitos y párvulos inocentes” que habían abandonado, voluntaria y espontáneamente, sus hogares, quemando sus casas y muebles, para que no fuesen disfrutados por el invasor; prefiriendo unirse a aquella marea que los paisanos llamaban “redota”, queriendo significar derrota y que la Historia recuerda como el Éxodo del Pueblo Oriental.

Tampoco voy a recordarles la templanza de su carácter, a lo largo de los años, cuando casi en forma diaria, recibía noticias de nuevas traiciones, protagonizadas por “gentes principales”, “que desde los cargos públicos a que fueran exaltados por sus comprovincianos, cambiaban de frente”, pasándose al partido del unitarismo bonaerense, por considerar intolerable el ascenso de la chusma montonera a la que él privilegiaba.

Ni siquiera intentaré traer a la memoria de los presentes el recuerdo de su obstinada determinación, cuando, herida de muerte la Confederación de las Provincias Unidas por el Tratado del Pilar, continuó, derrota tras derrota, luchando por salvar la libertad e independencia de los Pueblos que se habían colocado bajo su protección.

En vez de esto, os pido, simplemente, que me acompañéis en las siguientes reflexiones.

¿Creéis que no hubiese sido más fácil regresar y disfrutar de la hacienda que honradamente había generado con su trabajo, antes de que la voluntad de miles y miles lo encumbrara con la enorme responsabilidad de proteger el Sistema de los Pueblos Libres?

¿Pensáis que no extrañaba la compañía de sus hijos y que no añoró conocer a sus nietos?

Y, por último, ¿es que alguna vez le escuchasteis pronunciar un solo reproche, hacer alguna reconvención o emitir la menor acusación, por desistir de la causa de la Patria Grande? Pues no. Porque ésa fue vuestra voluntad. Considerasteis que teníais todo el derecho de preferir el querido pago en el que nacisteis, intentando otorgarle preeminencia frente a los restantes pagos, tan queridos por sus naturales como el nuestro por nosotros mismos. Abdicasteis de la gran familia de patrias hermanas y esto, por vuestra soberana voluntad. Y así como él supo escuchar vuestra resolución y hacerse a un lado, ¿no podéis vosotros acatar su firme determinación?

No hay caso, vecino. Con bonitas frases, es probable que pueda eludir el castigo, pero no podré cumplir mis propósitos. Quizás, mi causa estuvo perdida desde el mismo día en que me la impuse. Quizás fueron las circunstancias que me fueron adversas. Cuando creí que había logrado mi meta, una conspiración rastrera arrasó aquella maravillosa tierra roja que, con tanta

generosidad, nos había cobijado y ya no tuve donde volver. Así llevo mucho tiempo, yendo de un lugar a otro, manteniéndome en vela, sin encontrar paz para el descanso.

## **7.- Los primeros 426 días EN MONTEVIDEO:**

**(Frente a la Aduana: 426 días (del 19 de setiembre al 20 de noviembre de 1856) /  
Honras Fúnebres: el 20 de noviembre de 1856 (De 8 de la mañana al atardecer) / 1er  
encuentro en el Nicho Provisorio del Cementerio Central )**

¿Sabe lo que sentí al llegar a Montevideo? Imagínese que yo había partido, con mi familia, cuando tenía 9 años. Mis recuerdos eran muy fragmentarios.

¿Sabe lo que sentí, en el puerto, aquella tarde?

Frío, mi amigo. Un frío horrible.

¿Nunca estuvo en el puerto de Montevideo? Se nota. Porque ese viento no se olvida. Sin importar la época del año. Eso lo pude comprobar yo misma en una experiencia que me insumió, exactamente, 426 días.

Del 19 de setiembre al 20 de noviembre de 1856. Saquen cuentas.

Por suerte, además, llovía torrencialmente. Cuando llegamos. ¿De qué se asombra? Claro, que por suerte. Gracias a la lluvia, el puente estaba despejado y yo pude observar, perfectamente, lo que acontecía en el muelle. Vi al Dr. Vega, bajar de la pequeña embarcación, con la urna de latón en sus manos. Ya en tierra, fue saludado, militarmente, por un edecán y luego, estrechó la mano de cuatro o cinco personas que estaban allí presentes. Acto seguido, la delegación se apresuraba a buscar refugio en un edificio alto que tenía a sus espaldas.

Y yo necesitaba impulso.

Para arrojarme al agua. ¿O usted piensa que a los polizontes nos arriman a la orilla en bote? Mojada y traspasada de frío, las aguas del mar hasta seducían. Y me lancé de cabeza. Le digo, vecino, uno se conoce en las situaciones difíciles. Porque la verdad, no sé cómo llegué al muelle. Húmeda, sí. Ensopada más bien. ¡Lindo espectáculo! Pero no es que tenía tiempo de pararme a pensar en mí. Tenía que acercarme al edificio para saber qué planes tenía esa gente. Pero no tenían. Porque como a la hora amainó y salieron todos de ahí dentro. Cada uno por su lado, tranquilamente.

¿Y la urna? ¡Había quedado ahí: en una ignota oficina pública! ¿Se puede creer?

¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo pudieron atreverse! Como ladrones furtivos llegaron y escondieron su botín.

Al día siguiente, volví a la Aduana. Así como lo oye: ese edificio alto en el que depositaron los restos del general, no era otro que una dependencia de la Aduana.

Comencé mi vigilia. Un día, dos días, tres, cuatro: aniversario de su muerte y nada. Parecía que habían olvidado al primer jefe de los orientales: entretenidos, en sus escaramuzas y miserables luchas políticas.

Y yo me aproveché.

Sabía que estaba depositado en la habitación más alta. En esos días, había tenido ocasión de conocer bien el sistema de guardias frente a la única puerta del edificio. Así que hice uso de mis atributos femeninos.

¡Hello! ¡Hola! ¿Aburrida la guardia, mozo? Y saludito por acá, conversación por allá, logré ir metiéndome. ¿Mucha tarea hoy, caballero? Pero de la planta baja no había manera de pasar. Y mi espíritu juguetón, lejos de distraerlos, los animaba a mayores atrevimientos, por lo que el remedio fue peor que la enfermedad. Así que tuve que pensar en una táctica diferente. Porque amigo, es como se dice, por más voluntad y empeño que uno le ponga, si no elabora una estrategia, está perdido.

Entonces, analicemos la situación. Tenía un edificio vigilado y por la puerta no había forma de entrar. ¿Qué quedaba? Aquella ventana en lo alto. Dígame: ¿el plan no es evidente? Sólo tenía que subir a aquella ventana, sin ser vista, entrar, tomar la urna y volver a bajar.

Sencillo, ¿no? Bueno, conseguir una escalera no sería una dificultad...

Que no me vieran... La noche siempre ha sido buena cómplice de los amores prohibidos.

¿Qué me quedaba? Un problemita... Una nadita. Una tontera...

¡Mi vértigo!

¿Cómo hacía yo para subir si tengo pánico a la altura?

Pero “la voluntad y el esfuerzo vencen cualquier temor”.

*Me bajo el sombrero tapándome los ojos y empiezo a caminar intentando no perderme de una línea recta.*

¡Ojos que no ven: corazón que no siente!

*Manteniendo los ojos tapados por el sombrero, logro caminar a buen ritmo en línea recta.*

*Quitándome el sombrero:*

Nivel básico: ¡aprobado!

Así que al empezar el otoño, ya podía disponerme a afrontar con tranquilidad el nivel siguiente: primer escalón.

*Tomo uno de los bancos largos, me pongo el sombrero tapándome los ojos e inicio los intentos para subir al mismo. Con dificultad y en desequilibrio logro subirme al banco.*

¡Yuf! Casi, casi.

A usted le parece fácil estar acá arriba. Pero no es nada fácil. Más si uno tiene pánico.

¡Chist! Un bote está atracando en el muelle de la Dársena Norte. ¿Oye? Bajan tres. El cuarto se quedó en la embarcación. Le pasa al más joven un bulto, dos bultos... ¡Ay! como pesa el tercero. Pero ahí vienen, correteando, dos hombres con una carretilla de mano. El marinero saluda con un gesto a los que están en la orilla. Se sienta, toma los remos e inicia el regreso hacia el... noveno vapor a la derecha.

¿Qué tal, vecino? Porque no es cuestión de desatender la vigilancia. Identificar los sonidos es asunto fundamental de este entrenamiento. No veré, pero siento todo.

¡Mujer! Primer nivel: superado.

*Salto al suelo. Me subo el sombrero, dejando libre la vista. Busco el otro banco largo. Lo subo arriba del primer banco. Me bajo el sombrero tapándome los ojos. Comienzo a treparme al primer banco, luego al segundo y **SONIDO DE CAÑONAZO LEJANO**.  
Caigo al suelo de golpe.*

¡San José! ¡La Fortaleza de San José!

*Me levanto el sombrero para ver. Miro hacia el fondo donde estaba ubicado el Edificio de la Aduana y usando la estructura armada con los dos bancos, me oculto tras ella, para observar lo que allí sucede.*

¡Oh! ¡Oh! ¿Se acordaron? ¡A los quince meses, se acordaron! ¡Honosores fúnebres! ¡Y de verdad!  
¡La Fuerza de línea, la Guardia Nacional, la Policía! ¡Y comandadas por el Jefe del Estado Mayor General!  
¿Y eso? ¡Una urna de madera!

### **SONIDO DE**

*UN DISPARO DE SIETE TIROS DE 4 PIEZAS DE ARTILLERÍA.  
SONIDO DE OTRO CAÑONAZO LEJANO.*

¡No vas en carreta, Josep! ¡No vas en carreta!

*A medida que los sonidos evocan escenas, yo voy observándolas, mientras parapetada por la estructura de bancos, giro en torno de ellos, como siguiendo el curso de la columna.*

**SONIDO** de soldados marchando a pie, y de un escuadrón de caballería, entremezclado con **MARCHAS FÚNEBRES**.

El cortejo salió de la Aduana hacia la Matriz.

No llegué a escuchar las palabras del presbítero, sólo la cadencia... Tenía toda mi atención puesta en vislumbrar la más mínima oportunidad de acercarme a él. ¡Tarea imposible! La iglesia estaba llena de bote a bote.

Cuando quise darme cuenta, ya salíamos de la Matriz, con el mismo cortejo de antes, las mismas marchas fúnebres... aunque el gentío a esta hora ya era multitud.

Al llegar al Cementario Nuevo, apenas pude treparme a una reja para ver la ceremonia. Hicieron uso de la palabra, en nombre del gobierno, el Ministro Joaquín Requena; luego, el anciano Juan José Aguiar, viejo soldado a sus órdenes, que apenas podía hilvanar las palabras; el Coronel José María Reyes -¿sería familiar?--; y un joven emparentado con Josep, y otro joven; y un poeta bajito, que ofrendó una composición lírica, y otro poeta...

Al terminar los discursos lo metieron en un nicho que habían preparado. Le colocaron una losa y se aseguraron de cerrarla bien. Después, casi en un abrir y cerrar de ojos, se fueron todos. Toditos.

¡Yo te mato José Artigas! ¡Yo te mato! *Al tiempo que golpeo la estructura de bancos desde el frente con el puño del sable.*

¡Ellos te aman! ¡Te adoran! ¡Te... (idolatran)!

¡Oh! ¡Oh! ¡Qué dura esta losa!

¿Y esa inscripción? ¡Ah no! ¡Te adoran pero no te conocen nada! ¡Menos mal que estás muerto, porque si leyeras esto, te volverías a morir: de un síncope!

¡Ah! Josep, mi querido Josep.

Hello, baby! Ça va?

Yo, un poco cansada, pero contenta.

¡Y con hambre! Fue larga la jornada, ¿eh? Movidita...

¡Al fin juntos amor! Ahora estamos más cerca (de lograr lo que queremos). Ya veremos qué se me ocurre. Pero me despido, porque cierran. Mañana será otro día. Buenas noches, mi vida. Hasta mañana. Bye! *Le lanzo un beso.*

*APAGÓN*

*En el negro: SONIDO: 1 CAÑONAZO LEJANO*

¡Pero ché: otro más!

## **8.- CEMENTERIO CENTRAL:**

**Nicho Provisorio: casi 8 años (Desde el 21 de nov de 1856 al 4 de junio de 1864)**

*Llegando al frente de la estructura de bancos que ubiqué como nicho provisorio, con un andar ligero y animado.*

Buon giorno amore mio! Come stai?

Yo entusiasmada, Josep. Pude averiguar que es un nicho provisorio. ¿Qué te parece? ¿No es una buena noticia, mi vida? Porque está durita la losa y bien cerradita, ¿eh?

¿No te molesta que te dé la espalda? Porque, la verdad, no soporto ver la inscripción que te pusieron en esa losa.

Así está mejor.

Entonces, si es provisorio, en cualquier momento te cambian a un verdadero sepulcro: en la tierra. Y ahí yo cavo, cavo y ¡te robo! Y nos vamos, derecho para el Norte, doblamos a la izquierda y estamos en casa.

¡Ah! ¿No es fantástica la vida? Hoy me siento llena de energías. Que vengan hoy a trasladarte. No demoro cavando ni... ¿Cuánto tiempo me tomará? No importa. Una noche seguro me da. La

cuestión ahora es estar tranquila y atenta. En cualquier momento se nos da la oportunidad y entonces... (¡meta cumplida!)

¿No es revitalizante este frío? ¡Ah! El maravilloso contraste del gris con el verde...

¡Oh! ¡Oh! Un nido de hornero.

¡Otro!

¿Un picaflor? Se ven extrañas cosas en estas tierras.

¡Upa! ¡Cómo pasó el tiempo! Josep, ya me voy yendo, que se hizo tarde y no quiero quedarme encerrada aquí dentro. Hasta mañana, dulce amor.

*APAGÓN*

¿Qué concepto de provisorio tienen en este país?

¿Tres años no es tiempo suficiente?

Bueno, tampoco es para perder las esperanzas. Acá los tiempos van lentos. Paciencia y serenidad. Y firmeza para mantenerse vigilante todas las horas. ¿Estás de acuerdo, no, amor?

(Pausa) (Pausa) (Pausa)

Sería más fácil si al menos pudiera cuidar tus estrellas federales.

(Pausa) (Pausa) (Pausa)

¿Cómo se atreven a no devolverte a la tierra?

Pero no te preocupes, yo traje acá (*señalando el almohadón*). ¿Qué pensabas? ¿Qué no iba a venir preparada? Semillas también.

(Pausa) (Pausa) (Pausa)

(*Poniéndome de pie*) Hasta mañana, corazón.

*APAGÓN*

*En la misma ubicación, caminando en líneas rectas colocando un pie delante del otro, como montando guardia frente al nicho.*

Trece mil setecientos setenta y siete.

Dividido... tres.

Trece dividido tres, cuatro. Cuatro por tres, doce. Trece menos doce, uno. Bajo el siete.

Diecisiete dividido tres, cinco. Cinco por tres, quince. Al diecisiete, dos. Bajo el siete. Veintisiete sobre tres, nueve. Nueve por tres, veintisiete. Cero. Bajo el siete. Siete dividido tres, dos. Dos por tres seis. Me queda uno.

Cuatro mil quinientos noventa y dos. Y sobra uno.

Me mantiene ágil, alerta.  
Es tiempo de redoblar esfuerzos.  
Esa rotonda que están construyendo me da buena espina.  
En cualquier momento se nos presenta la oportunidad.

Dos mil veintitrés dividido nueve.  
Veinte dividido nueve, dos...

### *APAGÓN*

¡Basta! ¡No puedo más! Haciendo cuentas, calculé que llevo en estos desvelos el mismo número de años que tú en tu gesta. Y el tiempo y las cosas, en estos pagos, avanzan de modo extraño. Lo provisorio tiene visos de eternidad.  
Amor, no veo cómo podría lograrlo.  
Eras tú el que me repetía: Hay que saber reconocer cuando nos llega el tiempo de retirarnos.  
Y llegó mi tiempo, Josep. Me tengo que volver...  
Una nueva derrota general... ¡Pero lo intentamos, eh!

¡Ay na che rekové mboraghumi!  
Che mboraghu hê'ê mbymiva.  
Nde, kuimba'e rejuva...

Pero no pude terminar de despedirme. Al levantar la vista, allí, en ese mismo momento, vi venir a los miembros de la Comisión del Cementerio. Solemnes.

¡Se dirigen hacia nosotros! ¿A qué vienen?

La respuesta no tardó en llegarme con total evidencia. A golpes de maza, dos de ellos rompieron la losa que cubría el nicho. Vi unos brazos sacando la urna de madera que dentro contenía la primigenia de latón. Vi otras manos tomándola. Vi a los cinco caminando unos pasos y los vi detenerse en la rotonda. Vi las mismas manos apoyando la urna de madera en un pedestal que habían recubierto de pana negra. Después, sin más, tal como vinieron, se fueron.

### *MÚSICA*

*Tomo el sable, hago palanca sobre la tapa de la urna de madera. Fuerzo el cerrojo y levanto la tapa. Abro la funda del almohadón y comienzo a vaciar su contenido. Tomo la urna de latón de dentro de la de madera y la escondo dentro del almohadón.*

### *APAGÓN*

## **9.- ANTESALA DEL TRIBUNAL**

¿Vio? Hace muchos años bajé la guardia y casi pierdo la oportunidad.

En estos días, con usted, he recordado detalles y emociones que tenía olvidados en el tiempo.  
Bajé la guardia.



Yo tomé, hace muchos años, un rumbo. Y hay un tiempo para las cosas. Es hora de que siga mi camino.

¿Sabe que para salir libre, sólo hace falta que me declare culpable? De los cargos que siempre han pesado sobre mí: vagancia. No tengo más que atravesar aquel umbral y podré continuar mi senda.

Pero usted abrió este túnel...  
así que mejor lo cierro. Aunque...

*Empieza MÚSICA*

*Saco de dentro del almohadón una urna de latón tipo jardinera con estrellas federales plantadas.*

Compañero, ¿Querría usted cuidar estas plantas por mí?

¿Vio? Parecen flores.

Usted que es un estudioso podrá sacarles buenos brotos y, quizás, hacerlos germinar en otras tierras, ¿no?

*Le entrego la urna.*

¡Ay na che rekové mboraghumi!

Che mboraghu hê'ê mbymiva.

Nde, kuimba'e rejuva pe che kevype.

Che romo maiteí ha ro ñongatú ko che py'a pype.

*Giro, miro el sable que llevo, reconociéndolo, y parto caminando en forma ondulante.*

*APAGÓN FINAL*